

## PRESENTACIÓN

Existe una norma no escrita por la cual a los amigos se les debe sinceridad y, a ser posible, son siempre merecedores de cualquier demanda que hagan. Si, como es el caso, mis amigos son Ángel Martínez y Andrés Giménez y su demanda es que les escriba un prólogo a la edición de un –vaya por delante– magnífico libro titulado *La Valencia desaparecida 3*, entonces lo que sería un libre ejercicio de amistad se convierte, además, en un honor y un profundo agradecimiento.

Lo primero, por tanto, es dejar constancia de mi más sincera enhorabuena a los autores y dar la bienvenida a un libro que acrecienta nuestro conocimiento. Yo siempre me considero aprendiz y no me canso de pregonarlo. Y he aprendido mucho del centenar largo de imágenes que nos ofrecen Ángel y Andrés reincidiendo en el método de la imagen del antes y del después, haciendo coincidir exactamente el punto desde el que ambas imágenes han sido tomadas. Es lo que los autores llaman en su introducción «comparativas intertemporales».

Ángel y Andrés son dos trabajadores incansables que han dedicado muchas, muchísimas horas (no sería exagerado utilizar el término de infinitas) a facilitarnos un mejor conocimiento de quienes somos y de dónde venimos utilizando para ello fuente tan magnífica como la fotografía. Hay otras muchas fuentes de conocimiento pero la imagen tiene no solo una validez indudable sino que proporciona el sentido de la inmediatez. Como suele decirse, más vale una imagen que mil palabras. No hay peros: lo que había y lo que hay, lo que hemos construido y destruido. De todo ello dan buena fe las imágenes seleccionadas.

Decía que Ángel y Andrés son dos trabajadores incansables, dos miembros conocidos y reconocidos por méritos propios en ese pequeño universo de personas que se empeñan en demostrar que solo se puede estimar lo que se conoce. Que se empeñan en que cada vez sea menor el número de ciudadanos que no saben cómo era antes su barrio, quien les precedió y a qué usos se destinaba el suelo. Se empeñan aunque les (nos) duela la ciudad porque, como explicaré más adelante, hay cambios y cambios llenos de una energía envidiable y –compaginando lo habido y por haber– Ángel y Andrés ya llevan en su mochila tres magníficos libros con el mismo título, además de impulsar la Asociación Cultural *Remember Valencia* y ofrecernos desde hace años imágenes impagables en su documentado blog [valenciadesparecida.blogspot.com.es](http://valenciadesparecida.blogspot.com.es).

Volviendo al tema del método, creo modesta y sinceramente, que es un acierto el poder ofrecer la misma imagen, tomada desde el mismo lugar y en dos momentos temporales distintos. Un método que exige mucho trabajo, una vista de águila para identificar con precisión el lugar y mucho oficio. No todos sabemos o podemos y aquí hay un valor añadido de mucha entidad.

Otro elemento a destacar en *La Valencia desaparecida 3* es, indudablemente, la inclusión de imágenes de los barrios de la periferia (o de lo que hasta no hace tanto era periferia). Como es bien sabido en la fotografía histórica de la ciudad abundan mucho los temas recogidos en las mil y una postales y que son, hasta cierto punto, reiterativos: la Baixada de Sant Francesc, Sant Vicent, la Plaça del Mercat etc... En cambio,

no son nada frecuentes las imágenes de otros escenarios y Ángel y Andrés han aprovechado esta tercera edición para establecer un cierto equilibrio. Lo dicen los propios autores en la Introducción: *«teníamos deudas pendientes con algunos barrios, con algunas zonas o algunos paisajes de la ciudad y con este tercer libro hemos pretendido saldarlas de alguna manera»*. Reequilibrio que, por otra parte, nos ofrece a los lectores la posibilidad de ver imágenes desconocidas desde una perspectiva global de ciudad.

Hablemos de imágenes. ¡¡Hay tantas, tan sugerentes y didácticas!! Debería limitarme a decir aquello de «pasen y vean». Solo me permitiré –privilegios del prologuista– llamar la atención sobre algunas que me han impresionado de forma especial, sin que ello suponga demérito alguno para el resto. La percepción es tremendamente subjetiva y no hay en ella ningún atisbo de crítico o experto. Todas son excepcionales pero, ¡¡qué caray!!, compruebe el lector si mi limitadísima selección anda muy desencaminada o no: la playa de Natzaret; el Frontón Valenciano de General San Martín; el también desaparecido Palacio de Mustieles; la acequia que transcurría en el cruce de Joaquín Costa y Antic Regne; la calle de la Reina de El Cabanyal *in illo tempore*; la Ciudad de la Justicia en el Camino de El Salinar, l'Assud de l'Or ...

He dejado para el final el tema de la nostalgia. Los autores se han apresurado en desmarcarse de la tentación: *«porque no hemos pretendido en ningún modo hacer un ejercicio nostálgico de que todo tiempo pasado fue mejor. No es nuestra forma de ser ni de pensar, ni mucho menos»*. Coincido plenamente. Si nos atenemos a las fuentes históricas es cierto que a pesar de las muchas carencias de todo tipo que nos aquejan a día de hoy y de la profunda inoficación, cualquier tiempo pasado fue peor. Sin embargo mentiría si no reconociera que, imágenes en mano y con alguna excepción, es difícil evitar la nostalgia. Porque aunque todas las ciudades se construyen sobre sus ruinas y aunque el paso del tiempo pase inexorablemente factura, hay «cambios» que han empobrecido, y no poco, nuestra ciudad, que nos han robado parte de nuestra memoria colectiva y que han hecho que Valencia no escape de la *urbanización* y la uniformización del paisaje. Cambios que no han obedecido a otra razón que la avaricia o la estulticia, el espíritu depredador o a la insaciabilidad de intereses que se enmarcan en la «secesión de los ricos» y en la insolidaridad. Por ello debo reconocer y reconozco que, a la vista de las imágenes, procuro evitar la nostalgia pero no la justa ira.

Por último, comparto con los autores la opinión que una Valencia que ignora, destruye y masacra no puede ser motivo de orgullo. Está todo por hacer y ojalá *«se elaboren futuras Valencias desaparecidas y quizá en ellas la mayoría de las comparativas intertemporales sean a mejor»*. Ojalá. Lo dicho: un magnífico e imprescindible libro. Mi más sincera enhorabuena.

Josep Sorribes

Exprofessor d'Economia Regional i Urbana en la Univeristat de València. Jefe de Gabinete de la alcaldía del Ayuntamiento de Valencia (1983-1988). Autor de diversas publicaciones sobre urbanismo valenciano, entre ellas *Valencia 1940-2014: Construcción y destrucción de la ciudad* (PUV, 2015).

## INTRODUCCIÓN

Hace ya más de 3 años, cuando empezamos a configurar el primer libro de la serie *La Valencia desaparecida*, jamás se nos ocurrió imaginar el apreciable éxito que nuestros libros iban a tener. Era un libro hecho para gente con nuestras mismas inquietudes, que conseguiríamos *colocar* a esas escasas personas, amén de a nuestros familiares y a algunos amigos incautos. Unos pocos centenares de ejemplares vendidos, la satisfacción del trabajo bien hecho y poco más.

Hoy en día, sin embargo, juntando las tres ediciones de *La Valencia desaparecida*, las dos ediciones de *La Valencia desaparecida 2* y esta primera de *La Valencia desaparecida 3*, la cantidad de libros editados y vendidos se acercará a los 10.000 ejemplares. No tenemos tantos amigos. Ni tampoco familias tan extensas. Dejemos aparte, aunque solo sea durante unos minutos, la atrayente tentación de la falsa modestia y reconozcamos que la serie ha sido un acierto y ha constituido un éxito que jamás logramos imaginar allá por 2014, cuando iniciamos esta andadura.

*La Valencia desaparecida 3* concluye, al menos a corto y medio plazo, dicha andadura. Con ella cerramos algunos de los deberes que se nos quedaron pendientes en los dos anteriores libros y establecemos una trilogía que esperamos redondee la labor realizada durante este último trienio. Hablamos de redondear, nunca de completar pues el material que hemos ido reuniendo y la propia esencia e historia de nuestra ciudad darían para, sin exagerar, infinitos libros. Pero todo tiene un inicio y un fin. Y ese final quizá sea un punto y aparte o quizá sea un punto final pero ya no va a ser un punto y seguido.

Teníamos deudas pendientes con algunos barrios, con algunas zonas o con algunos paisajes de la ciudad y con este tercer libro hemos pretendido saldarlas de alguna manera, aunque somos conscientes de que al día siguiente de su salida en librerías, nuevas deudas serán generadas automáticamente. Y ya se encargarán los amables lectores de señalárnoslas, en caso de que no seamos capaces de verlas. Pero queremos hacer balance y para hacer ese balance es necesario parar, alejarse y observar, en perspectiva y con la pátina de objetividad que da el tiempo, lo realizado hasta la fecha.

No pueden faltar tampoco en este tercer libro los agradecimientos a todas aquellas personas que, tanto en este último libro como en los anteriores, nos han ayudado o apoyado de una u otra forma. En el apartado de agradecimientos figuran todas ellas, salvo el característico error u omisión por el cual pedimos de antemano el debido perdón. Son agradecimientos sentidos y sinceros y si los particularizásemos todos ellos necesitaríamos duplicar la cantidad de hojas de este libro con tal fin. Si hay que particularizar se particularizará, pero personalmente y en la intimidad que es como mejor se agradecen las cosas, o al menos eso pensamos los autores.

Una reflexión: ¿ha sido útil esta serie? Para nosotros evidentemente lo ha sido. Hemos disfrutado, aprendido y gozado mientras la elaborábamos. Para los lectores parece ser que también ha sido útil o al menos así nos lo han hecho saber de forma continua y reiterada. Pero... ¿ha trascendido más allá de nosotros y de nuestros lectores?, ¿ha servido para, por ejemplo, concienciar, aunque sea modestamente, a

una mínima parte de la sociedad valenciana acerca de lo que fue Valencia y de aquello que hemos perdido al no saber preservarla debidamente?

Porque no hemos pretendido en ningún modo hacer un ejercicio nostálgico acerca de que todo tiempo pasado fue mejor. No es nuestra forma de ser ni de pensar, ni mucho menos. Pero sí que hemos pretendido despertar un punto de reflexión y concienciación acerca de lo poco que, durante décadas, la Valencia actual ha apreciado a la Valencia pasada. Y eso se traduce en una pérdida inmensa, no solo a nivel paisajístico, sino, lo que es incluso más preocupante, de un acervo cultural forjado durante siglos.

Una Valencia que ignora, persigue y deja a su huerta como mera anécdota, una Valencia que deja de mirar al mar, menospreciando y menoscabando su fachada marítima, más allá de fuegos de artificio coyunturales e interesados –por poner solo dos simples pero claros ejemplos– es una Valencia que está dejando de ser Valencia. Es una ciudad que pierde las características originarias que la configuraban y la definían y una ciudad que de alguna manera pierde su personalidad distintiva, uniformizándose con otras ciudades y juntándose con ellas en un magma plomizo en donde no se distingue muchas veces, no la propia ciudad, sino ni siquiera el país o el continente en donde se halla ubicada.

Quizá piensen ustedes que exageramos, mas hagan la prueba y convéznanse por sí mismos. Cojan una fotografía de hace unos 100 años, del primer cuarto del siglo pasado, de cualquier ciudad. Verán que, tanto el paisaje global urbano, como las personas, edificios y vehículos que en ella particularmente aparecen son distintivos y propios de esa ciudad. Pero háganlo con una fotografía actual. Y a menos que aparezca en ella un emblema universalmente conocido de esa ciudad (el Micalet, la torre Eiffel, la Sagrada Familia,...) posiblemente se encuentren con un paisaje y paisanaje urbano que podría corresponder tanto a Buenos Aires como a Madrid. Quizá la foto pertenezca a una calle de Auckland o de Johannesburgo. Quizá hablemos de Valencia o de Lyon. Vayan ustedes a saber.

Solo aquellas ciudades que resistan a esta odiosa uniformización, serán las ciudades que conservarán un encanto propio que las distinguirá entre la masa urbana insípida hacia la que nos dirigimos a tremenda velocidad. A nosotros nos gustaría que la gran mayoría de las fotos que se realizasen en Valencia a finales de este siglo fuesen fotos que retratasen la esencia de nuestra ciudad. Que apareciesen comercios, gentes y edificios que hicieran que la persona que contemplase la foto en el futuro identificase a nuestra ciudad. Porque si en esa foto, realizada en 2062 y contemplada en 2111, aparecen en lugar de comercios característicos, franquicias estandarizadas,... si en lugar de edificios propios de nuestro entorno, aparecen edificios y construcciones de *arquitectos estrella* cuya obra está extendida por todo el orbe y por tanto no reflejan la particularidad de ningún país, zona o ciudad, entonces la foto no será definitoria de Valencia, aunque haya sido realizada en nuestra ciudad.

Vayamos al grano. Una foto urbana con un puente de Santiago Calatrava de fondo, con un *Starbucks* en plano medio y con dos jóvenes manejando un *iphone* no reflejará para nada la esencia de un lugar. Podrá reflejar la esencia de un tiempo determinado pero podrá estar tomada en Valencia, en Bilbao o en Oslo. Desconocemos en el momento de redactar estas líneas si dicha cadena de cafeterías está establecida en Noruega o si el insigne arquitecto ha dejado su huella en la citada ciudad nórdica pero si todavía no están... estarán.

Pero volvamos a Valencia de forma específica.

Una ciudad que ha masacrado a una zona como La Punta, pedanía de valencianidad secular –con una huerta que se encontraba entre las mejores y más fértiles de toda Europa– hasta dejarla convertida en un páramo de aspecto lunar...

Una ciudad que ha ocultado al mundo, como si se avergonzase de él, a un barrio como Nazaret –cuyo origen y valencianía se hundían en la noche de los tiempos– hasta empujarlo a la marginalidad y al aislamiento más absoluto

Una ciudad que ha convertido al Cabanyal en un barrio agónico, con una zona cero de muy difícil regeneración, es una ciudad que no está respetando su historia como debiera de respetarla.

Pero eso puede cambiar. Debe cambiar. En *Las Valencias desaparecidas 1, 2 y 3*, observamos demasiadas comparativas intertemporales a peor. Algunas, las menos, también hay que decirlo, a mejor (el antiguo cauce del río es un ejemplo en ese sentido). Pero quizá, dentro de cincuenta años, unos colegas del futuro elaboren futuras *Valencias desaparecidas* y quizá en ellas la mayoría de las comparativas intertemporales sean a mejor. No hay que perder la esperanza.

Y para ello, nada mejor que ponernos todos a trabajar. Y evitar que ese comercio centenario, con esos cajones modernistas y esa lámpara *art déco*, sea transformado en un café expendedor de donuts de colores. O intentar que ese edificio, antiguo cine, con esas letras tan características de los años treinta, no sea derribado íntegramente y convertido en un insípido y funcional edificio para el amontonamiento ordenado de turistas.

La ciudad es nuestra, nosotros la construimos y nosotros la destruimos. En nuestras manos está su futuro y la permanencia perpetua de su esencia o, por el contrario, la conversión de ella en un arquetipo urbano sin personalidad. La responsabilidad es nuestra y solo nuestra. Asumámosla.

Andrés Giménez y Ángel Martínez

Valencia, otoño de 2017



## AGRADECIMIENTOS:

ADIF

Arturo Cervellera

Associació Cultural Remember València

Ajuntament de València

Biblioteca Valenciana

Comisiones Obreras

Conselleria d'Educació, I. C. i E.

Cristina Oliete

Familia Miguel Crespo

Federico Fuertes

Francisco Dasí

Fundación Goerlich

Fundación Telefónica

Generalitat Valenciana

Gloria Sevilla

Javier Sánchez Portas

Joaquín Collado

José Huguet

José M. Azkarraga

José Verdeguer

Josep Sorribes

María J. Gómez Molina

Mercado Central de Valencia

Miguel Ángel Sáiz

Onda Cero Valencia

Oro Gema

Paloma Martí

Pilar Martínez Olmos

Rafa Badía

Rafael Albert

Ricardo Borja

Tono Giménez

Vicent Pastor

## 1 Bajada de San Francisco



*Archivo José Huguet*

La foto en blanco y negro nos presenta una escena de cambio de siglo en el inicio de la desaparecida Bajada de San Francisco. Estamos en 1900 y posiblemente esta sea la vía más transitada, populosa y conocida de toda la ciudad. Un tráfico peatonal altamente denso y el continuo flujo de tranvías por esa zona conviven en aparente armonía. La densidad comercial de la zona es también altísima: la perfumería El Buen Tono, la caja de prestamos La Universal, la fábrica de gorras La Violeta... son algunos de los establecimientos comerciales que podemos vislumbrar en la imagen. También observamos parcialmente, a la derecha de la foto, la conocida Hospedería de San Antonio, ya ubicada en una plaza de San Francisco cuyo nombre precisamente durante esos días iba a ser cambiado por el de la plaza de Emilio Castelar. Pocos años después





Á. Martínez - 2017

dicha Bajada de San Francisco, el parque colindante del mismo nombre y la plaza de Cajeros desaparecerían para siempre dando origen a una nueva plaza de Emilio Castelar cuyo perímetro ya coincidiría con la de la actual plaza del Ayuntamiento.

Y esa nueva plaza que entonces surgió es la que ya podemos ver en la foto actual. El derribo de los edificios de la Bajada de San Francisco y de los contiguos de la plaza de Emilio Castelar dio origen a un retranqueo en el que la plaza ganó un amplio espacio. Así mismo la pendiente que podemos observar en la foto antigua (de ahí el nombre de *bajada*) vemos como quedó muy matizada tras la citada reordenación urbana.